

La Santa Misa. Qué cosa es la Misa.

Luisa Piccarreta. Vol. 1

(204) Ahora, mientras veía a Jesús o al sacerdote que celebraba el Divino Sacrificio, Jesús me hacía entender que en la misa está todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión. ¡Ah! Sí, la misa nos dice todo y nos habla de todo. La misa nos recuerda nuestra Redención, nos habla detalladamente de las penas que Jesús sufrió por nosotros, nos manifiesta también su Amor inmenso que no estuvo contento con morir sobre la cruz, sino que quiso continuar el estado de víctima en la Santísima Eucaristía. La misa nos dice también que nuestros cuerpos deshechos, reducidos a cenizas por la muerte, resurgirán en el día del juicio junto con Cristo a vida inmortal y gloriosa. Jesús me hacía comprender que la cosa más consoladora para un cristiano y los misterios más altos y sublimes de nuestra santa religión son: Jesús en el Sacramento y la resurrección de nuestros cuerpos a la gloria. Son misterios profundos que los comprenderemos sólo más allá de las estrellas. Pero Jesús en el Sacramento nos lo hace casi tocar con la mano en varios modos: En primer lugar su Resurrección, en segundo su estado de aniquilamiento bajo de aquellas especies, pero también es cierto que está en ellas vivo y verdadero, pero consumidas esas especies su real presencia no existe más; después, consagradas las especies de nuevo, Jesús adquiere nuevamente su estado Sacramental. Así, Jesús en el Sacramento nos recuerda la resurrección de nuestros cuerpos a la gloria, y así como Jesús, cesando su estado Sacramentado reside en el seno de Dios, su Padre, así nosotros, cesando nuestra vida, nuestras almas van a hacer su morada en el Cielo, en el seno de Dios, y nuestros cuerpos quedan consumidos, así que se puede decir que no existen más, pero después con un prodigio de la Omnipotencia de Dios, nuestros cuerpos adquirirán nueva vida, y uniéndose con el alma irán juntos a gozar la bienaventuranza eterna. ¿Se puede dar cosa más consoladora para el corazón humano, que no sólo el alma, sino también el cuerpo debe complacerse en los eternos contentos? A mí me parece que en aquel gran día sucederá como cuando el cielo está estrellado y sale el sol, ¿qué sucede? El sol, con su inmensa luz absorbe las estrellas y las hace desaparecer, pero las estrellas existen. El sol es Dios y todas las almas bienaventuradas son estrellas, Dios con su inmensa luz nos absorberá a todos en Sí, de modo que existiremos en Dios y nadaremos en el mar inmenso de Dios. ¡Oh, cuántas cosas nos dice Jesús en el Sacramento! ¿Pero quién puede decirlas todas? Ciertamente me extendería demasiado, si el Señor lo permite reservaré para otra ocasión decir alguna otra cosa.

+ + +

Extraído del libro: I Quadernetti de María Valtorta

### 47.3

18-11-47 a las 9h

Jesús dice:

«Escucha con atención, porque es una gran lección»

El nombre más correcto para la Misa, como ustedes la llaman ahora, o Sacrificio del Altar, es **«LA FRACCIÓN DEL PAN»**. Porque la Misa empezó la tarde del jueves, porque la Misa es el recuerdo perpetuo de mi Amor, que supe la hora y el momento. La Pasión, la crucifixión, la muerte, fueron la hora y el momento histórico de mi Amor. La Eucaristía es el **«SIEMPRE»** de mi Amor por ustedes. Porque la Misa es la inmolación de Cristo, no sólo contemplada en relación a la consumación material del sacrificio con los sufrimientos, las heridas, los azotes, la crucifixión, la muerte, dadas por los hombres, sufridas por Mí resignadamente, en obediencia al Querer de del Padre por la salud del mundo, sino la inmolación amorosa y voluntaria de un Dios, del Verbo que se fracciona para darse como Pan, alimento a los hombres, humillándose aún más que en la muerte de Cruz.

Y no parezca palabra injusta. Pensad en quien a veces me recibe, en quien desciendo Yo, Dios, Yo, Puro, Yo, Santo. He iniciado la fusión de Mí con los sacrílegos, con los pecadores, rebeldes a los diez mandamientos del Sinaí, y a mis dos mandamientos del amor en la mesa de la Cena, descendiendo en Judas, y de allí en adelante en labios impuros, labios aún ardiendo de lujuria, labios blasfemos de mi Padre, corazones asesinos, seres en los que hay negación, herejía, oficios infernales, fiebre de concupiscencia, toda la podredumbre del hombre caído, toda la falsedad de los falsos sentimientos y de las fingidas exhibiciones de una fe que no es verdadera, y así reciben al Santo de los santos, al Puro de los puros, al Perfectísimo.

Los horrores que se consuman en el altar, sólo Dios, y quienes están con Él en el Cielo, los conocen, y son mucho más grandes, inmensamente más grandes que las olas sacrílegas del Viernes Santo.

La Misa es la fracción del Pan. Es el sacrificio Eucarístico. Se recuerda también el sacrificio del Calvario, porque Yo en la mesa de la Cena he dicho, contemplando ya mi Cuerpo inmolado y mi Sangre derramada por los hombres: **«Esto es mi Cuerpo y ésta es mi Sangre»** La Sangre del nuevo Testamento eterno, que por ustedes y por muchos será derramada para el perdón de los pecados.

Pero la Misa es sobre todo, el sacrificio de mi Amor, el recuerdo y la perpetuación del mi Amor divino, y por eso, infinita locura por los hombres.

Y la Fracción del Pan, o si más os gusta llamarla, Misa, es aquella que habéis tenido en la visión de la Pascua suplementaria, cuando Yo, Yo mismo enseñé al Obispo de la Iglesia de

Cristo y al Obispo de Jerusalén: «Pedro y Santiago de Alfeo», a celebrarla. (Libro 11, el Evangelio como me fue revelado, 23 de abril de 1947)

Después de la cena de los hermanos, el recibir mi Cuerpo y mi Sangre, dejados por infinito Amor, como alimento y bebida de salud; aquel Cuerpo y aquella Sangre que por gracia del Señor, que mis Sacerdotes pueden invocar del Cielo; ni el Cuerpo ni la Sangre rehúsan a la invocación Sacerdotal, para transustanciar el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo..., **en Jesucristo, vivo y verdadero, completo, presente en las especies consagradas, transustanciadas en el Santo Cuerpo y Sangre, Alma de Jesús, y Divinidad del Verbo de Dios, Uno con el Padre y con el Amor.**

Después del ágape fraterno, con los hermanos de la tierra, con los santos hermanos, a quienes el amor hizo iguales, aunque fuesen los mayores: los Sacerdotes, y los pequeños: los fieles, la unión con el Hermano Divino, con aquel que no sabe más que amar, y que pide amor y unión con sus amados.

Necesidad de instrucción – es necesario tener presente que los Apóstoles, diáconos, los Sacerdotes de los primeros tiempos de la era cristiana estaban en condiciones de instruir a los paganos, es decir, a los verdaderamente analfabetos de la Religión Santa - la necesidad de instrucción hizo que se agregara a la Fracción del pan, tan simple y breve, las instrucciones para aquellos que aspiraban al Cristianismo, para entrar en el redil de Cristo, conociendo al Pastor y la Sabiduría, conociendo la ley antigua y eterna y la Palabra del Maestro. Y he aquí la introducción de la lectura de las cartas apostólicas y del Evangelio.

En los primeros tiempos, desde el principio, en lugar de la lectura era la predicación directa, es decir, el relato de los tiempos antiguos, o los consejos verbales apostólicos, o la instrucción verbal de los libros sapienciales, y así también la narración verbal de mis obras durante los tres años de vida pública; de mi nacimiento, muerte y resurrección.

Después, al aumentar las Iglesias, y siendo insuficiente el número de verdaderos testigos oculares: Apóstoles y discípulos, debido al número de las Iglesias, y estando también, en la predicación de los discípulos, llenos de buena voluntad pero sujetos a las faltas del hombre, las involuntarias variaciones de los episodios, las interpretaciones arbitrarias, hechas con una finalidad correcta, pero..., hechas humanamente, las cabezas del Sacerdocio quisieron que en las reuniones se leyeran textos fijos, para luego explicarlos a los catecúmenos durante las reuniones que precedían a la Fracción del Pan y a la oración del Padre Nuestro, tal como la entoné en la primera partición del Pan, en presencia de los fieles en la segunda Pascua suplementaria, después de la consumación de las Especies.

En verdad, entonces hice que la Comunión precediera a la oración. Desde siglos se hace lo contrario. Y creéis que lo estáis haciendo bien. No es pecado hacerlo. Pero reflexionen: ¿qué es el Padre Nuestro? La oración de Jesús al Padre. La oración divina que he enseñado a los hombres. La oración perfecta. Si sólo existiera eso, y si no se dijera ninguna otra cosa,

todo lo tendríais, oh hombres, para vuestro espíritu y vuestra carne, y daríais todo a Dios, de lo que Dios quiere, si vivieseis el Padre Nuestro.

He dicho: "Padre Nuestro". Con pleno derecho se le podría decir a la Primera Persona: Padre. Ustedes,... por cuanto Dios sea vuestro Padre, podéis decirlo con mucho menos derecho, porque muy pocas veces reflejáis en ustedes y en vuestras obras la divina semejanza con el Padre. Pecados e inclinaciones desfiguran en vosotros la imagen paterna, a veces hasta anularla por completo.

Y he aquí: me transfundo en ustedes, vengo a ustedes, a ustedes me asimilo, os deifico a mi contacto, Vengo en las Especies y estoy en ustedes, y ustedes pueden – voz de hombre, fundida a la voz del Hijo de Dios, alma ardiente por mi amor que le dono, santificado (hablo de quien come el Pan del Cielo, no sacrílegamente) altar que canta y perfuma por el Holocausto que brilla sobre él: el Cuerpo del Cordero de Dios – ustedes podéis decir "Padre" al Padre, con pleno derecho, teniendo en ustedes al Hijo del Padre y Hermano vuestro; ustedes podéis orar sabiendo lo que decís; ustedes podéis ofrecer y pedir con perfecta potencia, pues os doy mi Poder viviendo en ustedes.

Plegaria santa porque dicha en el momento en que la Gracia: Cristo, así como a transustanciado las especies en su Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad, así hace de su Cuerpo y Sangre vuestro alimento; se transforman las especies eucarísticas en ustedes, en vuestra sangre, en vuestra carne, ustedes viven de Mí, aún en la carne mortal... He aquí porqué el Viático a los moribundos es siempre Vida, a pesar de que a veces no es vida añadida a la vida que termina, he aquí porque en ti, alma mía, la Eucaristía es la vida que te mantiene viva. Yo, tu aceite que se vierte en la lámpara agotada de tu cuerpo y te mantiene con vida, Yo, tu médico. Yo, tu donador de sangre, tu Señor que te quiere como lámpara mía, mi eco en este mundo apagado, frío, tenebroso, mudo de voces benditas.

Las otras partes de la Misa son asimilaciones, y a veces necesidades, que tienen su origen en combatir herejías que surgieron a lo largo de los siglos y que era necesario combatir. Asimilación de los latidos del corazón, ¡oh! todos buenos, de mis servidores, los cuales, por la tendencia propia del hombre, de amplificar, agobiar, embellecer las cosas, han agregado, amplificado, y hasta agobiado, especialmente para las almas pequeñas, la tan bella, simple, inicial Fracción del Pan, y el encuentro de las catacumbas, tan divinamente inspirado. Pero lo han hecho queriéndome honrar, amar y hacerme amar, y por esto han hecho una buena obra, si bien no necesaria ni útil al Rito.

Son las superestructuras de tiempos de paz religiosa. ¿Creéis que no estáis en tiempos de paz religiosa sólo porque sois calumniados y burlados, y porque algún Sacerdote cae bajo la furia de un hijo de satanás? ¡Oh! ¡No sabéis! Cuando vengan los tiempos profetizados, aquellos que sean creyentes y conozcan los tiempos de ahora podrán decir: "Para ellos fue

paz, para nosotros es guerra terrible". Y ya no serán posibles las añadiduras. No resistirán a los ataques de satanás. Ni los fieles tendrán tiempo de rehacerlos cuando hayan caído.

Pero quedará lo esencial, lo inmutable: la Fracción del Pan, la reunión de los fieles, porque eso viene de Mí y del Espíritu Santo que inspiró a los Apóstoles, y lo que viene de Nosotros es eterno.

Y ahora reposa en tu doble ardor: de amor por Mí y de fiebre por ti. Estáte en paz, alma mía.